

EN BUSCA DE PLACERES

LA HABANA.- A las ocho de la mañana, en el muelle de la flota del Golfo, saltamos al barco. Es de madera y tiene unos veinte metros de eslora por cinco de manga, un barco pesquero, de esos que los norteamericanos apresan a veces, arbitrariamente, frente a Florida. Cargan cajas de cerveza y las echan a la bodega, que va mediada de hielo en polvo. Tripulación : Santiago, "Berrinche", capitán, treinta años en el mar, Santiago, "Candela", marinero, 39, nacido en un bote. Cándido, "El Sato" (es decir, el amistoso, satos llaman a esos perros amistosos con todo el mundo), cocinero, viejo pescador también, y un negro joven, mecánico, cuyo nombre no sabemos. Yo voy con Fernando, guía y amigo de la Casa de las Américas, y Morales, señor de la Revolución.

No es un viaje de pesca, es sólo el reconocimiento de ciertos lugares de la plataforma en busca de lo que llaman "placeres", lugares en que abunda el pescado. Zarpamos hacia la capitania a pedir el permiso de zarpe. Vemos barcos pesqueros, de cabotaje, de carga, petroleros, hasta uno de pasajeros, de Alemania Oriental.

- ¿ Por qué no se ven pájaros en esa bahía ? Estas aguas son casi venenosas, no hay vida en ellas. "Candela", que ha bajado al muelle de la capitania, vuelve y me dice : " Ahí hay unos que preguntan si uste es Hemingway, que viene al Campeonato de la Pesca de Aguja". Gracias a los no enterados, los hombres célebres y hasta lo no célebres viven muchos años. Enfilamos hacia la boca de la bahía. El cielo está que llueve y no llueve y hay un poco de brisa y un poco de calor. Ya afuera, a poco estamos sobre unas aguas de color azul profundo. Proa al Este, frente a una costa pedrada. "Cuando yo era niño, esto estaba lleno de bosques y yo venía con mi padre a cazar", dice Morales. Unos veinticinco años atrás, supongo. Pasamos frente a los edificios de departamentos de La Habana del Este, altos y bajos, muchos, todos nuevos, habitados

por obreros y empleados.

"Berrinche" da orden de pesca, se arman los anzuelos con trocillos de calamares agua. Empiezan a salir carajuelos, guatiberes, cabrillas, doncellas, y yo pesco un sobaco, pez pequeño, negro y de forma romboidal, con una delicada línea de azul celeste en la base de las aletas. Siento deseos de no pescar más, no vaya a sacar algo que tenga un nombre peor, pero no, saco una rabirrubia, preciosa, como una rubia con buen rabo. "Manuel pescó una rabirrubia", grita el "Sato". Ya soy un amigo para él y para los demás. El cubano es amistoso, aunque no todos sean satos.

Cruza frente a nosotros, más cerca de tierra, una lanchita que lleva a remolque algo como dos mitades de barril. "Miren", grita alguien, "miren los tanques, en la playa". Estamos casi en la línea de tiro y Berrinche da una gas al motor. Al mismo tiempo aparecen por el horizonte de tierra lanchas con toldo que van en fila india. Ven los tanques y viran graciosamente más adentro. "Son del Almirante. Se preparan para la pesca de la aguja". Tra-ca-trac, se oye, seco, el disparo, más fuerte que el trueno que acaba de reventar, en el momento en que escribo, sobre el hotel. Una columna de agua se eleva desde el mar. Volvemos a pescar: hay siete brazas de agua.

Les hablo de los pescadores de las caletas de Chile y me dicen que ellos eran iguales. "Pescábamos y volvíamos a puerto, donde había muchos intermediarios, chinos sobre todo. "Yo quiele pecao chico", decían, cuando traíamos grandes, y si traíamos chicos querían "glandes", hasta que los dábamos por lo que saliera. Hoy, algunos trabajan en cooperativa, si tienen barcos, y otros somos de la flota perquera. Ahora tenemos de todo. Salimos al golfo en campañas de cuarenta y cinco días, con un buque madre que nos provee de todo, comida y bebida, y uno que va y vuelve con

la pesca, toneladas de pescado. Buen sueldo, medicinas, dentistas, regalías ...".

Hemos pasado frente a Cojimar, Bucuranao, Santa María del Mar, Boca Ciega y Guanabo y, a lo lejos, las casas de Punta Cruz del Norte. La comida y la cerveza han estado buenas, pero la pesca no. Un violento chaparrón nos moja todo y descansamos en el dormitorio. Cuando sale de pesca, este barco lleva seis botes y doce pescadores y tiene camas para todos.

La noche vira en redondo: volvemos. La vuelta es lenta, suave, mirando. "Candela" ha hablado y comido durante todo el día y el negro casi ha terminado con la cerveza. Atardece lentamente. En las líneas ~~que van en la popa se ha agarrado una~~ pintadilla, hemos ~~mozo pez,~~ con unas manchas leonadas en la cola y pecas de oro por todo el cuerpo. Dicen que es muy rico para comer y el "Sato" lo prepara para ~~comida deliciosa, frito, dorado,~~ con otra cerveza.

CELECH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Sucesión Manuel Rojas ©

Nos acercamos al Morro cuando ya está encendida la farola que indica la entrada a la bahía. Pasamos por abajo, mirándola. Tiene dos destellos, uno cada trece segundos y otro cada cuatro y nadie sabe a bordo el por qué esos dos destellos.

Pasamos entre las boyas que señalan el canal de entrada y en seguida desfilamos bajo los cañones de la fortaleza de La Cabaña.

"Quien tiene La Cabaña, tiene La Habana", decían los corsarios y los marinos ingleses y quizás dos veces la tomaron. Quien se atreve a la tercera, tendrá que pensarlo bien: "Les costará más trabajo poner un pie en los territorios que circundan nuestra capital ... que el que les costó desembarcar en Normandía o en Okinawa", ha dicho Fidel Castro.

Es de noche cuando nos acercamos al muelle de la capitania "El Vietnam" y el "105" pidiendo zarpe", grita nuestro innominado mecánico negro. Si, hay ahí dos barcos pesqueros, dos Lamda. Cuando llegamos cerca, Morales me dice: "Mire esos pescadores". Miro: son muchachitos de quince o dieciséis años, estudiantes de la Escuela de Pesca, que salen a sus primeras prácticas. Esa Escuela ha producido capitanes que sólo tienen veinte años. Se ve orgullosos a los muchachos, desnudos los torsos o de pie, conscientes ya de que van a ser hombres con un oficio. Recuerdo a centenares de muchachitos que no tienen quién les enseñe un oficio e in mente les deseo buen viaje: cuarenta y cinco días en el mar, haciéndose hombres.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©